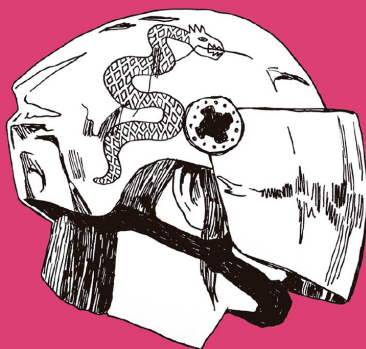


FABIÁN CASAS



**UNA SERIE DE RELATOS
DESAFORTUNADOS**

emecé

Fabián Casas

Una serie de relatos desafortunados

emecé

Los arcontes

Le habían prestado una casa en el medio del campo. Una casa chica, de madera, que tenía una cocinita y un cuarto para dormir, con dos catres. Afuera, en la galería, había una bicicleta. Y en los fondos, un aljibe viejo y un caballo que pastaba dentro de un perímetro alambrado. El caballo era gris durante el día y muy blanco por la noche, como si tuviera la cualidad de absorber la luz lunar.

Se había llevado libros y había comprado comida para cocinarse. Quería estar solo. El primer día se cocinó un guiso que le pareció riquísimo. Después se armó un cigarrillo y se sentó debajo de la galería, con una jarra de agua. Era verano y el calor sitiaba a las cosas en las sombras. Se puso a leer. Cuando, como siempre, le empezó a doler la vista, se calzó una malla y empezó a hacer ejercicios. Quería cansarse. Al oscurecer, sacó afuera el sol de noche y se quedó mirando cómo todos los bichos del campo —de tamaños y colores increíbles— emergían de la oscuridad para orbitar el farol a querosén. Le pareció que ese pequeño artefacto era

para ellos un club nocturno donde podían reunirse. La idea lo hizo sonreír.

Fue a la cocina, cortó otro pedazo de marihuana, lo desmenuzó con las manos y se armó otro cigarro. Sentado en el piso, al lado del sol de noche, lo fumó lentamente. Amigos, les dijo a los insectos, estoy muy cansado. Cuando sintió que los músculos le pesaban y que respiraba agitado, se paró y caminó hacia el fondo de la casa, donde estaba el caballo. El animal brillaba, imperturbable. Volvió a la casa, se desnudó y se tiró sobre el catre. Entonces sintió unos ruidos minúsculos, extraños y persistentes. Era como si lloviera adentro de la casa o como si alguien estuviera friendo algo en un lugar remoto, pensó. Hombre de ciudad, no sabía que ese ruido incansable lo producían los bichos tala-dro que se comían la madera. En algún momento se durmió.

Pasaban los días iguales, con las rutinas bien aceitadas. Pasaban las hojas de los libros y se achicaba el pedazo de marihuana que conservaba en el cajón de las verduras de la heladera. El verano tenía su calefacción al máximo y el campo estaba a punto de cocción.

Una de esas tardes, después de los ejercicios y mientras se reponía tirándose agua en la cara debajo de la galería, apareció el hombrecito rubio. Estaba sobre el camino que daba a la ruta, aplaudiendo para hacerse oír. El hombre se acercó lentamente, descalzo, poniendo cuidado en dónde pisaba. «Vengo a cuidar al caballo», le gritó. Tenía una camisa blanca, muy

grande, gastada, y unos vaqueros viejísimos. Era un niño descalzo. Cuando le prestaron la casa no le habían inventariado a un cuidador de caballos. Pero no le importó. Lo hizo pasar y comprobó rápidamente que el animal y el chico tenían intimidad. Así que empezó a compartir las tardes con el hombrecito quien, poco a poco, le fue restando tiempo al cuidado del caballo para tirarse junto a él, sobre la galería. Él le contó retazos de su vida, el chico le dijo que se llamaba Dardo. ¿Iba a la escuela? No, no iba. ¿Tenía hermanos? No, no tenía. Pero tenía un amigo, un poco más grande, que le había enseñado a cuidar a los caballos. El Gaucho, como lo llamaba el hombrecito, vivía muy cerca y se ganaba la vida amansándolos.

Una mañana, especialmente luminosa, se aparecieron los dos. El Gaucho también era un niño, de unos 16 años, y como estaba vestido con el atuendo típico de los hombres de campo parecía un gaucho en miniatura, podría estar tranquilamente adentro de un pisapapeles en una tienda de regalos campestres.

Al principio, el Gaucho no hablaba mucho, como si lo estuviera midiendo al hombre. Pero lentamente se dejó seducir. Terminaron almorzando los tres juntos y una tarde planearon una cabalgata hasta una laguna cercana. Ese día los vio llegar al atardecer, cabalgando con un animal marrón para él. Cuando el hombre lo montó rápidamente, el Gaucho dijo: «¡Qué juventud!». Y después salieron, siguiendo la ruta asfaltada.

Al hombre, el Gaucho le parecía una maquinaria sólida, eterna, sin fines de lucro. Esto lo fascinaba. Y esa tarde, cuando volvían de la laguna, bajo una lluvia finita, les preguntó a los chicos si alguna vez habían pensado en la muerte. Él, les dijo, había venido al campo para tranquilizarse y ver si podía dejar de pensar en ella. Les podía haber hablado de los cócteles de pastillas y del insomnio, pero no le pareció que eso tuviera utilidad. «Cuando la Doña me tenga que agarrar, me va a agarrar. No hay mucho que yo pueda hacer. Así que mejor me ocupo de otras cosas», dijo, muy tranquilo, el Gaucho. Dardo pensó un poco y dijo: «Yo voy a ser siempre como hoy, aunque una vez soñé que era muy viejo y volaba sobre las casas». Avanzaban, uno al lado del otro, sólo rompiendo filas para dejar pasar algún vehículo. Se oía el viento, poderoso, agitando los árboles. Y la percusión de los cascos de los animales. El hombre pasó la mano por el lomo de su caballo y la sacó húmeda de transpiración. «¿Y si se te muere un caballo?», se encontró, de golpe, preguntándole al Gaucho. El chico dudó antes de contestar. Algo se le atascaba. «Si se me muere un caballo me sentiría muy mal», dijo. Y ya no hablaron hasta que llegaron a la casa. Entonces llovía fuerte y Dardo decidió quedarse a dormir en uno de los catres para ir juntos, al otro día, a buscar al Gaucho a su rancho. Querían ver una doma que hacían en el pueblo. «Y vas a conocer a todos los caballos que tiene este», le dijo el hombrecito después de que se despidieran del Gaucho.

Esa noche cocinaron un guiso y se preocuparon por cerrar todas las ventanas, ya que la lluvia golpeaba fuerte. El chico se acostó en el catre que estaba —en forma de ele— a los pies del catre del hombre. De golpe, la tormenta dejó de existir. Y la calma ganó la oscuridad del campo. El hombre fue hasta la heladera, sacó un pedazo de hierba y se armó un cigarro bien grueso. Lo fumó a oscuras, en la galería. Estaba fresco y podía sentir al humo llegando hasta su estómago. Un nadador que se sumerge en picada, toca fondo y sube velozmente. Después entró, apagó la luz y se acostó.

Lo primero que sintió fue un ruido de abejas alrededor de la cara. Se había puesto un panal de sombrero. Estaba dormido, sabía que estaba dormido, pero igual podía ver el corredor que daba a la cocina. La puerta de la cocina era la puerta de entrada a la casa. Y ahí, algo que no podía visualizar, le pedía entrar. El hombre tuvo que luchar para no pararse y abrir la puerta. «Quiero que me des al chico», le decía la voz que hablaba con el ruido de las abejas. «¡No!», gritó el hombre y se encontró sentado en el catre, a oscuras. Estaba sudado como el caballo. De un salto prendió la luz y se acercó al otro catre. El hombrequito dormía profundamente, babeando la almohada. Fue a la cocina, tomó un vaso de agua y se volvió a acostar. Cuando amanecía, concilió el sueño. Hasta que Dardo lo despertó para que fuera a la doma. El hombre le dijo que no había podido dormir, que mejor fuera él con el Gaucho y que después lo pasaran a buscar

para almorzar. Lo volvió a despertar Dardo. No sabía cuánto tiempo había pasado en ese puño cerrado. Le dolía la cabeza. El sol entraba por las ventanas. El hombrecito estaba sentado en frente, en el catre. «Al Gaucho se le murió anoche un caballo y no pudimos ir a la doma», le dijo. «¿De qué se le murió?», preguntó el hombre. «Así nomás», dijo el chico.

Se pegó una ducha fría y cocinó arroz y verduras. Comieron en silencio. «¿Qué se quedó haciendo el Gaucho?», preguntó. «Carneando al caballo», contestó el chico. «¿No va a venir después?». «No sé», contestó el chico. El hombre se armó un cigarro y se tiró en la galería a leer. Dardo se fue. Ni él ni el Gaucho aparecieron el resto de los días. El hombre se dijo: «Así como se fueron, así van a volver». Un día, regresando de una caminata por el medio del campo, cuando entró en el camino de tierra vio una peluca abandonada, cuando se acercó era un gallo muerto. Después se acabó la hierba, los libros y los días de campo y volvió a la ciudad.

Y se olvidó de los dos chicos hasta que una noche, tirado en la cama, en una película sobre la vida de Jesús, vio la escena en la que María Magdalena va a visitar la tumba de Cristo y dos labradores, que se le aparecen en el costado del camino, le dicen: «¿Por qué buscás entre los muertos al que está vivo?». La mujer, perturbada, corre hacia la tumba y encuentra que la piedra que la cerraba está abierta y que, por supuesto, el Mesías se las había tomado. De regreso, al costado del camino trata de buscar a los hombres

que la habían advertido y como único rastro ve sus herramientas de labrar. Objetos de la tierra que no sirven para las manos de los ángeles.